

( 230 )

Mi estrecha casilla abrigo.  
Asi del ocio y los años  
Burlando el cansado hastío,  
Olvidado y muerto en este,  
Un mundo mejor habito.

DOÑA ELVIRA.

ROMANCE I.

No sé que grave desdicha  
Me pronostican los cielos,  
Que desplomados parecen  
De sus quiciales eternos.

Ensangrentada la luna  
No alumbra, amedrenta al suelo,  
Si las tinieblas no ahogan  
Sus desmayados reflejos.

En guerra horrible combaten  
Embravecidos los vientos,  
Llenando su agudo silbo  
De pavor mi helado seno.

Atruenan el hojoso bosque;  
Y parece que allá léjos,  
Llevados sobre las nubes,  
Gimen mil lúgubres genios.

Hados, ¿ qué queréis decirme?  
¿ O qué amenaza este estruendo,  
Este confuso desórden  
Que en naturaleza veo? —

Así hablaba Doña Elvira  
Encerrada en su aposento,  
Cuando la callada noche

El mundo sepulta en sueño.  
 Ella vela : sus cuidados  
 No permiten que un momento  
 Halle el ansiado reposo ,  
 Cierre sus ojos Morfeo.

Doña Elvira , que viuda  
 Del comendador Don Tello ,  
 Señor de Herrera y las Návás ,  
 Castellano de Toledo ,

Bajo un sencillo tocado  
 Cubierto el rubio cabello ,  
 Sin sus oros la garganta ,  
 Y el monjil y saya negros ,

En soledad y retiro ,  
 Sumida en dolor inmenso ,  
 Diez años ha que le llora  
 Como le lloró el primero.

En vano el abril florido ,  
 Lanzando al áspero invierno ,  
 Ríe á la tierra , y la alfombra  
 De galas y verdor nuevos ;

En vano el plácido octubre ,  
 Renovando los misterios  
 De Baco , tras Sirio ardiente  
 Se ostenta de frutas lleno ;  
 Ella insensible á sus dones ,

Llora siempre en el silencio  
 De la noche , cuando al mundo  
 Alegra lumbroso Febo.

Era Don Tello esforzado :  
 Tuvo el renombre de bueno ,  
 Murió en la toma de Alhama  
 De heridas y honor cubierto.

Un hijo solo fué el fruto  
 De su amor fino y honesto ,  
 Como su padre valiente ,  
 Como Doña Elvira bello :

Que tambien contra los moros  
 Cual mil famosos guerreros ,  
 Doncel de Isabel la sirve  
 En el granadino cerco ;

Miéntras la penada madre  
 Entre zozobras y miedos ,  
 Cuanto por su padre un dia ,  
 Hoy tiembla por el mancebo :

Si bien gallardo y membrudo ,  
 Cual jóven , aun poco diestro ,  
 En repararse asaltado ,  
 Ni en herir acometiendo.

¿ Si será , clamaba Elvira ,  
 Que en su juvenil denuedo  
 El hijo de mis entrañas

Hoy me las parta de nuevo ?  
 Yo le miro enardecido  
 Picar al bridon soberbio,  
 Y el primero en la batalla  
 Correr al mayor empeño ;  
 Entrarse la lanza en ristre  
 De los bárbaros en medio ,  
 Por ganar una bandera ,  
 O algun noble prisionero ,  
 Que presentar en la corte  
 De la reina , como hacerlo  
 Mi ínclito esposo solía...  
 O dolorosos recuerdos !  
 Madre desolada y triste !  
 Hijo infeliz ! ¡ cuánto tiemblo  
 Por ti de Muza los botes ,  
 De Alhiatar el crudo acero !  
 Cuánto que ciego , olvidado  
 De mi amor y mis consejos ,  
 Con un desastre consumes  
 Mi viudez y desconsuelo !  
 ¡ Ah , si de tu ilustre padre  
 Como tienes el esfuerzo ,  
 La prudencia te adornara ,  
 Mis cuidados fueran ménos..... !  
 Guardád , bárbaros ; no alevés ,

Si estáis de sangre sedientos ,  
 Probéis vuestros fuertes brazos  
 Contra ese pimpollo tierno.  
 ¡ Tantos le asaltáis , cobardes ,  
 Y seguros de vencerlo  
 Corréis cual hambrientos lobos  
 A un inocente cordero !  
 Cual buenos , solos buscádle ,  
 Y el brazo y heroico aliento  
 Veréis en él , del que tanto  
 Temblabais , grande Don Tello.  
 O mejor con el maestre ,  
 O con el Córdoba fiero  
 Mediros , que á todos llama  
 Su horrible lanza blandiendo.  
 Perdonád mi hijo querido ;  
 ¡ Así hallen siempre los vuestros  
 Ventura y prez en las lides ,  
 Honras y amor con el pueblo !  
 Hijo amado ! qué de angustias  
 Me cuestas..... ! — En su desvelo  
 Súbito de la almohada  
 Alzándose sin sosiego ,  
 Corre al balcon , y escuchando  
 Esclama : ¡ si el escudero  
 Vendrá , que partjó á informarse

De su salud y sus riesgos !  
 Tráeme fiel las faustas nuevas  
 Que madre tierna deseo,  
 Y tendrás un premio digno  
 De tu lealtad y tu zelo....

Pero qué estrépito se oye!  
 No hay dudarlo.... pasos sientos :  
 La marcha de algun ginete  
 Repite sonoro el eco.

Cuán silencioso camina!  
 Percibir apenas puedo  
 El batir del duro casco  
 Sobre el pedegroso suelo.

¿ Si será que así á deshoras  
 Venga alguno de mis deudos  
 A anunciarme las desdichas,  
 Que contino estoy temiendo !

Madre infeliz ! ¡ venturosa  
 La que jamas logró serlo !  
 No cual yo que al cielo airado  
 Ablandé con votos necios.

Ella no verá sus hijos  
 Atravesados los pechos  
 De mora lanza, y segados  
 En su flor cual débil heno.  
 No en las andas funerales

Estendidos, ni cubierto  
 De negros paños, y en torno  
 Los militares trofeos,

Verá su féretro alzarse,  
 Y en un silencioso duelo  
 A cien caballeros nobles  
 De sus armas compañeros.

No llorará como lloro,  
 Ni tendrá en un hilo puesto  
 Su vivir, temblando siempre,  
 Mísera ! un desastre nuevo.

Cavilaciones tardías.... !  
 ¿ Por qué, por qué su ardor ciego  
 No contrasté cuando pude ?  
 Por qué me doblé á sus ruegos ?

¿ Por qué le dejé á las lides  
 Partir tan niño ? ¿ mi seno  
 Desnudo, mis tristes lloros  
 No pudieran detenerlo ?

Sobre el umbral de rodillas  
 Una madre.... léjos, léjos  
 Mengua tal, oprobio tanto  
 De una Guzman y Pacheco :

Léjos de la sangre clara,  
 Que al moro el puñal sangriento  
 Tiró contra el hijo amado

De Tarifa en el asedio.  
 ¡ Cuál se hablaría en la corte  
 De Isabel ! ¡ y qué denuestos  
 Los ricoshombres no harían  
 Al hijo y la madre á un tiempo !  
 Honor, honor castellano !  
 ¡ Inclito esposo, modelo  
 De valor y altas virtudes  
 A cristianos caballeros !  
 Vé desde el cielo á tu hijo,  
 Que tras tu glorioso ejemplo,  
 Madre infeliz, viuda triste,  
 Víctima á la patria ofrezco.  
 Tiéndele los nobles brazos,  
 Seguro que por sus hechos  
 No mancillará las glorias  
 De sus heroicos abuelos :  
 Tiéndelos, amado esposo,  
 Únelo á ti en nudo estrecho,  
 Parte con él tus laureles,  
 Y goza lo que yo pierdo. —  
 Súbito un ave nocturna  
 Lanzando un grito funesto  
 Se oyó, y batiendo las alas  
 Voló en ominoso agüero ;  
 Y una gigantesca sombra

Cual un pavoroso espectro,  
 Cruzó delante sus ojos,  
 De horror y lágrimas llenos.  
 Elvira, la triste Elvira  
 Aterrada y sin aliento  
 Cayó sobre su almohada,  
 Gritando : yo desfallezco.

## ROMANCE II.

YACE la infeliz Elvira  
 Tan abismada en su estrado,  
 Que ni aun aliento le queda  
 Para clamar por amparo :  
 Despavoridos los ojos  
 En el balcon, y temblando  
 Que el ave el grito repita,  
 De sus desdichas presagio.  
 Procura alzarse, y no puede ;  
 Tienta gritar, y es en vano ;  
 Que la congoja y el miedo  
 Le ligan fuerzas y labio.  
 Así la encontró la aurora  
 Anegada en lloro amargo,  
 Cuando ella flores y perlas  
 Derrama de su regazo.

Zaida su esclava querida,  
 En angustia y duelo tanto,  
 Fué de todas sus doncellas  
 La sola que halló á su lado ;

Zaida, que aun niña en la corte  
 Que baña el Genil y el Darro,  
 Con su virginal belleza  
 Hizo á mil libres esclavos :

La que en su donaire y gracias  
 De la Alhambra en los saraos  
 Despertó tantas envidias  
 Como dió vueltas danzando :

Abencerrage y Vanégas,  
 Nombres cuyo lustre raro  
 Al sol empaña, y colunas  
 Son del pueblo y del estado.

Cautiva la hizo Don Tello,  
 Y Elvira en felice cambio  
 Por endulzar su desgracia,  
 Le dió de amiga la mano.

Esta, que al alba antecede,  
 Para sentir sus agravios,  
 Que nada en cautivos nobles  
 Es poderoso á olvidarlos :

Si ya en secreto no llora  
 El tierno pecho llagado

De abrasado amor, al mismo  
 Que la madre está llorando.

Desvelada la echó ménos,  
 Y solícita en su hallazgo  
 Topóla en su estancia triste,  
 Vuelta apénas del desmayo.

Qué tenéis, señora mia?  
 ¿ Por qué en lágrimas bañados  
 No me miran vuestros ojos,  
 Cuando cariñosa os hablo ?

Qué tenéis? clamaba Zaida :  
 ¿ Qué suspiros tan ahincados  
 Son esos, y esos gemidos  
 Con que parecéis ahogaros ?

¿ Por qué conmovido el pecho  
 Os bate así ? ¿ por qué helado  
 Lo siento, y vos tan parada  
 Que me semejáis de mármol ?

Alzád, señora, del suelo,  
 Y en mi seno reclinaos ;  
 Que ni él será, ni mi vida  
 De vuestro amor digno pago.

Dejad las ansias y duelos  
 A esta infeliz, que sus hados  
 A eterno dolor condenan  
 En su verdor mas lozano.

Pero vos, dulce señora,  
 Entre honores y regalos,  
 ¿ Por qué ese horror en el rostro,  
 Y esa zozobra y espanto? —

Elvira á la voz de Zaida  
 Abrió como despertando  
 Sus ojos, que otra vez miran  
 Hacia el balcon azorados;  
 Y viendo que Zaida llora,  
 Torna al dolorido llanto:  
 Y ¡ ay madre desventurada!  
 Clamaba de cuando en cuando.

Ave enemiga y funesta!  
 Sombra fatal.....! ¡ cielo santo,  
 Herid, herid á la madre,  
 Y perdonád mi hijo amado! —

Sus doncellas y sus dueñas  
 Alborótanse entre tanto,  
 Y despavoridas corren  
 Por su señora clamando.

Llegan, y al verla cual yace  
 Como el lirio de los prados,  
 Que ajó el áspero granizo  
 Roto su frondoso tallo;

Atónitas la contemplan,  
 Y sin osar demandarlo,

No temen ya, cierto miran  
 Algun lamentable caso.

Todas suspiran cual ella;  
 Venla llorar, y anegado  
 Su rostro en lágrimas tristes,  
 Conmueven todo el palacio.

Así estaba entre zozobras  
 Aquel afligido bando  
 De palomas inocentes  
 En ansias y sobresaltos,  
 Cuando á mas amedrentarlas  
 Un ruido de caballos  
 Se oyó; y en la sala vieron  
 Al escudero y Don Sancho.

Don Sancho, padre de Elvira,  
 El mas respetable anciano  
 De cuantos de Calatrava  
 Visten el glorioso manto;  
 Terror un tiempo del moro,  
 Lleno de méritos y años,  
 Y en su encomienda y retiro  
 Hoy de míseros amparo.

Llegó el noble caballero  
 Silencioso y mesurado,  
 Del escudero asistido  
 En sus vacilantes pasos:

Grave y plácido el semblante,  
Serenidad afectando,  
Pero en el suelo los ojos  
Y de lágrimas preñados.

Elvira al ver á su padre,  
¡Mi gozo, exclamó, el encanto  
De mi vida finó! ay triste!  
De Santafé en el rebato....

Quiso proseguir, y un nudo  
El dolor echó á su labio;  
Y en los brazos de su Zaida  
Volvió á tomarla el desmayo.

El noble anciano en su apoyo  
Tendió los trémulos brazos;  
Con sus ruegos la conforta,  
Regálanla sus cuidados;

Y Zaida cuasi sin vida,  
Trémula toda, y ahogado  
El pecho en ansias mortales,  
La está infeliz sustentando,

Miéntras las fieles doncellas  
En duelo y horror tamaño,  
A los piés de su señora  
Se precipitan gritando:

Ay desventurada Elvira!  
Ay malogrado Fernando!

Ay! ay Fernando! retumban  
Los artesones dorados.

Volvió en fin Elvira triste  
De su profundo letargo;  
Y ¡ay padre, otra vez esclama,  
Ya acabó mi hijo adorado!

¡Su sombra, su infausta sombra,  
Y de un ave el grito aciago  
Nuncios á esta infeliz fueran  
De tan pavoroso estrago! —

Qué es esto, Elvira querida?  
Qué es esto, señora? ¿cuándo  
Ni la constancia en tu pecho,  
Ni la religion faltaron?

¿Cuándo, cuándo esperé verte,  
Cual hoy sin mesura te hallo,  
Sin escuchar mis avisos,  
Ni hacer de mis ruegos caso?

Niña perdiste á Don Tello,  
Y fué inmenso tu quebranto;  
Pero jamas, hija mia,  
Te abatieras á este grado.

Si murió...— A esta voz terrible  
A Zaida se le nublaron  
Los ojos, y un grito agudo  
Su amor lanzó involuntario.

Si murió, Don Sancho sigue  
 Con tono grave y posado,  
 En el cielo está, señora,  
 Su buen padre acompañando;  
 Mártir ilustre y dichoso,  
 De glorias brilla colmado:  
 ¡ Dírame esta suerte el cielo  
 Por premio de mis trabajos!  
 Pagó esforzado á la patria  
 La deuda que un pecho hidalgo  
 Desde que nace le debe,  
 Que sus mayores pagaron.  
 Sintió de su heroica sangre  
 El noble ardor, y emulando  
 De sus ínclitos abuelos  
 Los fechos mas señalados,  
 En su juventud florida  
 Sus sienes ornó del lauro  
 Que tantos años y lides  
 Costaran á Tello y Sancho.  
 Su noble tío el maestro,  
 De haberle por deudo ufano,  
 La roja cruz y la espada  
 Le ciñó de Santiago.  
 Isabel su fin glorioso  
 Honró con su regio llanto,

Si ántes sus altas proezas  
 Celebraba con aplauso.  
 Y tú lloras sin consuelo!  
 ¡ Tú lloras, porque bizarro  
 Siguió á tu Tello, que siempre  
 Le ofrecimos por dechado!  
 No fué así Doña María,  
 Émula y muger del bravo  
 Guzman el Bueno, y hoy honra  
 De nuestro linage claro.  
 Si cobardé y vil se hubiese  
 De su batalla fugado,  
 Entónces sí, hija querida,  
 Que debiéramos llorarle.  
 Entónces sí que el encuentro  
 De los buenos esquivando,  
 Andar debiéramos siempre  
 El rostro en tierra inclinado.  
 Hoy no, que en las lenguas suena  
 De todos; que fiel retrato  
 De sus mayores, cual ellos,  
 Del honor murió en el campo.  
 Oye á tu fiel escudero;  
 Y verás cómo envidiado,  
 No plañido sernos debe  
 De su sol el noble ocaso.

( 250 )

Hija adorada y llorosa !  
Ya basta del libre vado  
Que á tus sentimientos dieras,  
Y es del honor moderarlos.  
Cesen pues los ayes tristes,  
Y ese tu gemir insano ;  
Ni mas me aflijas , de un padre  
Las súplicas desdeñando. —  
Elvira á este dulce nombre  
Dió á su ahogo un breve plazo ;  
Y apoyándose en su Zaida  
Fué humilde á besar su mano.  
Solícito alzóla el viejo  
Con un amoroso abrazo :  
Todos en silencio triste  
Al escudero escuchando (\*).

(\*) El autor habia continuado este suceso en otro romance, que se estravió despues de su fallecimiento.

## SONETOS.